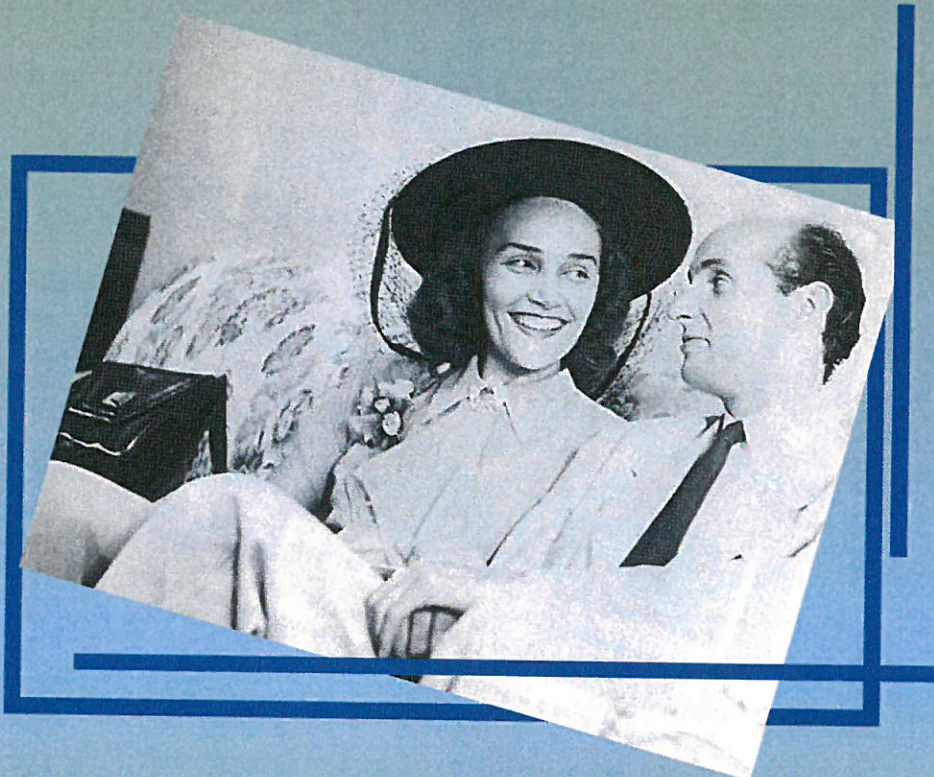


LA CIENCIA DEL AMOR

SANTIAGO GRISOLÍA



UXUE FERNÁNDEZ MOLLAR

IES MEDITERRÁNEO TORREVIEJA

4º ESO B

Era un día como otro cualquiera en la ciudad natal de Frances Thomson, una chica joven, alta, con el pelo liso y moreno y con una belleza única. Era una mujer muy lista, la primera de su clase.

A pesar de que en esa época no era muy común ver a mujeres científicas, Frances soñaba con ser una de ellas y hacer historia. En ese momento se encontraba preparando los exámenes de admisión a la universidad y, a pesar de no contar con mucho apoyo de su familia, se estaba esforzando muchísimo.

Tras dos largos meses de estudio, por fin llegó el día de los exámenes de admisión. Frances nunca se había sentido tan nerviosa, no paraba de andar por todas partes mientras observaba a su alrededor, estaba rodeada de hombres. Sus nervios aumentaron cuando avisaron de que ya era la hora del primer examen. Tras respirar hondo, se armó de valor y entró en el aula. Una vez dentro empezó a ver como entraban los maestros que iban a evaluarles, de nuevo eran todo hombres. Cuando comenzaron a repartir los exámenes la tensión en la sala aumentó; pero una vez que Frances tuvo el examen en sus manos y vio las preguntas se olvidó de su entorno, se relajó considerablemente y empezó a tener más confianza en sus conocimientos. Tras un largo día de exámenes se dirigió a casa satisfecha de su esfuerzo.

A los ocho días recibió una carta con los resultados; había sido la única mujer admitida en una de las mejores universidades de la zona. Su sueño se estaba cumpliendo.

Disfrutó de uno de los mejores veranos de su vida hasta que llegó el día de empezar la universidad. Al llegar allí, todo el mundo se giraba a mirarla, y a pesar de que sabía que no era común ver una mujer ahí, no pudo evitar sonrojarse cada vez que sentía algunos ojos puestos en ella. No le importaba en absoluto, Frances se consideraba la mujer más feliz del mundo. Estaba estudiando lo que siempre había soñado, y además se le daba bastante bien.

Durante los dos primeros cursos estuvo muy contenta, pero al llegar el tercero, las cosas se empezaron a complicar. Las asignaturas iban siendo cada vez más difíciles y aunque le costaba destacar, seguía obteniendo las mejores calificaciones de la clase y ya no le miraban como un bicho raro, sino que era uno más.

Cuando se encontraba a punto de graduarse, Frances empezó a interesarse más por las universidades en las que podía hacer su tesis doctoral, tenía sed de conocimiento y le entusiasmaba la ciencia. Tras una larga y tediosa búsqueda, realizó una lista con sus posibles opciones, y les envió sus calificaciones para que la seleccionaran.

Era mediados de agosto, y aún se encontraba esperando la llamada de alguna de las universidades de su lista. Estaba empezando a desesperarse. No fue hasta principios de septiembre cuando por fin llegó la tan ansiada llamada. Una voz fría y mecánica le informaba de que había sido admitida en la universidad de Wisconsin-Madison, ¡la primera de su lista! Iba a trabajar con un grupo de investigadores a los que admiraba desde que entró en la universidad; sin dudarlo ni un segundo, aceptó.

Quedaba una semana para que Frances se incorporase al grupo de investigadores, y cada día que pasaba se iba poniendo más nerviosa. Cuando llegó el día, hecha un manojo de nervios, se dirigió a la universidad, y se presentó a sus nuevos compañeros, que nada más verla le recibieron con una amplia sonrisa, y al momento siguiente volvieron a centrarse en debatir sus conocimientos.

Mientras ella hacía su doctorado, uno de sus compañeros, Santiago Grisolia, se encontraba en el mismo laboratorio investigando el ciclo de la urea. Desde que cruzaron la primera palabra ambos sintieron algo especial, y conforme pasaba el tiempo, la conexión iba siendo más evidente.

Una de las cualidades de Santiago que más le llamaba la atención, era su inteligencia. Debería de estar acostumbrada porque había estudiado toda su carrera rodeada de hombres inteligentes, pero ella veía en Santiago algo especial. Era brillante.

Cuando se enteró de que había sido uno de los científicos esenciales para la demostración de que la citrulina participaba en el ciclo de la urea, sintió unas ganas de celebrarlo junto a él indescriptibles.

Conforme más premios y títulos iba recibiendo Santiago, mayor era la admiración que Frances sentía hacia él.

Con el paso del tiempo, trabajando juntos, ambos consiguieron demostrar que no solo las plantas fijaban nitrógeno, sino que los tejidos animales también lo hacían.

Al pasar tantas horas juntos, la conexión y la tensión inexplicable que había entre ellos fue creciendo, y Santiago decidió pedirle matrimonio.

Frances se consideraba una mujer joven, y pensaba que casarse era un poco apresurado, pero tras pensarlo durante unos días terminó aceptando.

El día de su boda fue el más feliz de su vida, era como estar cumpliendo un sueño que ni siquiera sabía que tenía. Cuando Frances vio a Santiago esperándola en el altar, fue consciente de que nunca se iba a separar de ese hombre; supo que estaban hechos el uno para el otro.

Para Frances, Wisconsin había sido un lugar especial, porque era donde uno de sus sueños se había hecho realidad; y aún lo fue más cuando decidió tener a su primer hijo junto a Santiago, en ese lugar. El nombre del niño fue un dilema, les costó ponerse de acuerdo, pero finalmente decidieron que debía llamarse como el padre.

Un tiempo después, Santiago recibió una llamada para trabajar en la universidad de Kansas; era una gran oferta que no podía rechazar, por lo que toda la familia se mudó junto a él.

Poco después de instalarse en Kansas, Frances se quedó embarazada de su segundo hijo, y fue una gran alegría para todos. La vida les sonreía, ambos llevaban su vida deseada y además estaban ampliando la familia. Nueve meses después nació Guillermo.

A pesar de que ambos estaban muy contentos con el nacimiento de su segundo hijo, Frances notaba a Santiago algo distraído. Un día, hablando, salió la conversación y éste le contó que echaba de menos su país, su ciudad y todos los lugares en los que había pasado parte de su infancia.

Durante los siguientes días ella no paró de pensar en cómo podía ayudar a Santiago y conseguir que estuviera feliz de nuevo. Después de tanto pensar se le ocurrió una maravillosa idea que estaba segura de que le encantaría.

Cuando le contó a Santiago que había pensado en realizar una reunión de grandes científicos en Valencia, este no lo dudó ni un segundo, y se emocionó con la idea.

Reunir a un grupo tan grande de científicos no fue fácil, tardaron días en conseguir citarlos a todos y que confirmaran su asistencia cuadrando sus agendas para encontrar un hueco en una misma fecha; pero tras mucho esfuerzo y dedicación, lo consiguieron.

Días antes de embarcarse en el viaje de vuelta a España, Frances se encontraba nerviosa, pero no tanto como Santiago.

Después del largo viaje a Valencia, ambos estaban muy cansados, pero gracias a la previsión de Frances tuvieron todo un día para descansar.

El día de la reunión, Santiago se levantó muy temprano; estaba muy nervioso. Frances se pasó gran parte de la mañana intentando calmarlo, pero nada hacía efecto. Al llegar al instituto de investigaciones citológicas, lugar donde se iba a realizar la reunión, Santiago se empezó a relajar. Había muy buen ambiente, los invitados estaban muy contentos, y todo estaba yendo sobre ruedas. Nada más bajarse del coche, Santiago vio venir hacia él a un grupo de investigadores, lo que lo calmó por completo y consiguió que empezara a disfrutar de la velada. Tras finalizar la reunión, antes de marcharse a casa, Santiago le agradeció a su buen amigo Gerónimo Forteza haberle dejado celebrar la reunión en el lugar que dirigía.

Pocos meses después sonó el teléfono en casa de los Grisolia. Frances descolgó el auricular, era una llamada dirigida a su marido; llamaban para informarle de que su gran amigo Gerónimo había fallecido. Frances no sabía cómo contárselo a Santiago, pero tras armarse de valor decidió contárselo en la cena. A Santiago le sorprendió la noticia y, al no esperárselo quedó bastante afectado.

Al día siguiente, para sorpresa de todos, recibió una llamada proponiéndole ocupar el puesto que había dejado vacante su amigo. Santiago lo comentó con Frances, y tras pensarlo bastante decidió aceptar. Aunque no lo expresaba con palabras, Frances notaba que Santiago estaba muy contento por volver a su querida ciudad. Ella se sentía un poco preocupada, ya que dirigir un instituto de investigación es una labor complicada y su marido nunca lo había hecho.

Al principio, Santiago encontró un poco difícil dirigir el Instituto, por lo que llegaba a casa con bastante estrés y muy cansado. Durante las primeras semanas discutían continuamente; pero, con el paso de los días, Frances se dio cuenta de que ayudarle a solucionar los problemas que alborotaban su cabeza era mucha mejor opción. Así, juntos, consiguieron hacer el cambio mucho más llevadero.

Después de mucho tiempo y esfuerzo invertido, Santiago consiguió posicionar al Instituto de Investigaciones Citológicas al nivel de las mejores universidades de Estados Unidos, incluso llegando a superar a algunas de ellas.

Cuando Frances se enteró de lo bien posicionado que estaba el Instituto, se alegró muchísimo, por lo que, junto a sus hijos, le organizó la mejor fiesta de celebración que podía imaginar. Cuando Santiago llegó a casa y se encontró la velada que habían montado en su honor, a la que habían acudido antiguos amigos, no pudo esconder la alegría; y sin dudarlo celebró otro éxito más junto a sus seres queridos.

Santiago estaba encantado con sus éxitos, pero quería hacer algo más por la ciudad que tantas oportunidades le había dado. Pensó durante mucho tiempo, hasta que por fin se le ocurrió una gran idea para promocionar la ciencia y su ciudad.

Junto a un escogido y reducido grupo de personas, creó el 11 de octubre de 1978 la Fundación Valenciana de Estudios Avanzados, desde donde organizaban actividades de divulgación científica y culturales. Frances y sus hijos siempre estuvieron apoyándolo en todo, y Santiago no podía estar más agradecido.

Con los años se fueron incorporando nuevos patrocinadores a la Fundación, y así, consiguió poner en contacto a Premios Nobel de todo el mundo. Gracias a esto se logró un gran avance en el proyecto Genoma Humano, uno de los más importantes hasta el momento.

Valencia no podía estar más agradecida a Santiago. Él no era consciente de todo lo que estaba logrando, del gran avance que estaba suponiendo esto para la ciencia; pero Frances sí lo era. Ella no podía estar más contenta y orgullosa de tener un marido así.

Aunque Frances no lo sabía, Santiago también sentía admiración hacia ella. Mucha de la valentía que había necesitado él, la había conseguido gracias a ella. Además, la consideraba una mujer muy inteligente y cariñosa, por lo que no podía quererla más.

Tras numerosos años contribuyendo a la ciencia, Santiago obtuvo su merecido descanso gracias a la jubilación. Frances estaba encantada con la idea de pasar más tiempo junto a su marido; mientras se llevaban a cabo los trámites de la jubilación, Frances estaba organizando unas vacaciones de ensueño.

El último día de Santiago en su trabajo fue inolvidable; todo el mundo quería felicitarle por sus aportaciones a la ciencia y por la gran cantidad de oportunidades que había dado a los jóvenes científicos.

Cuando llegó a casa, Frances ya lo tenía todo preparado, y juntos emprendieron el viaje hacia sus mejores vacaciones. Santiago no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían, lo que le provocaba bastante incertidumbre; pero nada más llegar, enseguida supo dónde estaba. Ambos se encontraban en un hotel de lujo en Roma, con vistas al Coliseo romano. Roma era uno de los lugares que Santiago quería visitar antes de morir, y Frances lo sabía muy bien, por lo que no dudó ni un momento en elegir ese destino.

Santiago no tenía palabras para expresar su gratitud por esta gran sorpresa, lo que para Frances era mejor que un discurso de agradecimiento; adoraba dejarle sin palabras.

Durante la primera semana estuvieron en Roma, admirando cada maravilla de esa ciudad y sus sabrosos platos tradicionales. Esta semana fue la favorita de Santiago, pero para Frances las otras tres fueron mejores. En las tres semanas posteriores viajaron prácticamente por toda Italia, se quedaron en lujosos hoteles y visitaron preciosos lugares como Sicilia y Milán.

Durante el viaje de vuelta la pareja no paraba de conversar sobre sus sueños por cumplir y sobre los lugares que querían visitar durante los próximos años. Sin dudarlos, los años posteriores se dedicaron a cumplir todas esas cosas que les quedaban por ver y por hacer.

Después de muchos años disfrutando de la vida, llegó el momento de parar y de disfrutar de la compañía de una forma más calmada. Para ese entonces, ya se habían convertido en abuelos; y había llegado el momento de disfrutar junto a los nietos.

Para Frances, hacerse abuela no supuso apenas cambio, pero para Santiago supuso uno muy grande. Santiago no había sido consciente de los años que había estado dedicándose a la ciencia y a su familia; la vida se le había pasado volando. Aun así, poder coger en brazos a su primer

nieto le supuso una alegría más grande que cualquier otra; por lo que se prometió a sí mismo, ser el mejor abuelo del mundo y poder transmitirle todos sus conocimientos al nuevo miembro de la familia.

Desafortunadamente, algunos años después, Santiago perdió al gran amor de su vida. Frances murió a los noventa y nueve años, pero lo hizo feliz; falleció habiendo disfrutado la vida y habiendo cumplido los sueños que tenía desde niña e incluso los que no sabía que tenía.

Santiago lo pasó francamente mal durante los días posteriores a su muerte. Él, durante todo el tiempo que llevaban casados, había sido incapaz de imaginarse una vida sin ella, y este gran cambio le provocó una gran tristeza.

El mayor problema al que se enfrentó Santiago tras la muerte de su esposa fue la soledad; él no estaba acostumbrado a tener que hacerlo todo solo, pero siempre había sido muy resolutivo, por lo que decidió centrarse en seguir cuidando a sus nietos y en reencontrarse con viejos amigos.

Santiago, a diferencia de lo que se había imaginado él en un principio, no paraba de hacer cosas; pasaba su tiempo conversado con amigos y realizando entrevistas para que las futuras generaciones conociesen su historia. Esto último lo hacía encantado; las dos cosas que más había amado en su vida eran la ciencia y a su mujer, por lo que le encantaba hablar de ambas.

Unos años después, Santiago cumplió noventa y nueve años, justo con los que murió su verdadero amor. Él no se encontraba con ánimo, y sus hijos lo notaron; pero, aun así, aun teniendo el recuerdo de su mujer en la mente, consiguió disfrutar del día.

Durante ese último año, Santiago se estaba empezando a notar con menos energía, ya no sentía las mismas ganas de quedar con sus amigos o de contar su historia; simplemente tenía ganas de descansar.

Un día, cuando estaba a punto de celebrar su cumpleaños número cien, ocurrió lo menos deseado. Santiago abandonó este mundo.

Esta fue una pérdida muy grande tanto para la ciencia como para su ciudad, Valencia, a la que quería como a un miembro más de su familia; y esta, a su vez le devolvía con gratitud todo lo que había hecho por ella. Las personas que lo conocían se encontraban muy afectadas, y las que no habían tenido ese placer, también lloraban su pérdida y le agradecían su aportación para conseguir un mundo mejor.

Hoy en día, las personas tienen diversas teorías sobre a donde vamos después de la muerte; ahora mismo, no sabemos dónde se encuentran Santiago y Frances, pero sabemos que estén donde estén estarán disfrutando de la ciencia y de la compañía del otro.